

TOCANDO EL CIELO



Dentro de unos días celebraremos la fiesta patronal de la parroquia del El Salvador, que es la solemnidad de la Transfiguración del Señor (6 de agosto).

Siempre que subo a una montaña, experiencia que realizo siempre que puedo y siempre acompañado por mi hermano, me acuerdo de este pasaje evangélico.

No hace muchos días subimos al Curavacas, al norte de la provincia de Palencia. No sé cómo será la subida al monte Tabor, pero os puedo decir que la subida al Curavacas es costosa, ya que hay que subir mucho desnivel y principalmente por laderas de piedras (pedreras). Exige cierta preparación física, llevar el material adecuado y elegir un día con buen tiempo.

Nuestra subida al encuentro del Señor, principalmente en la Eucaristía, también necesita formación y sobre todo tener ganas, tener intensidad, tener hambre.

Cuando consigues llegar a la cima normalmente te tomas unos minutos para disfrutar de unas vistas alucinantes, y a veces se te regala un mar de nubes que te hace tener la sensación de estar tocando el cielo.

En nuestros momentos de intimidad con el Señor estamos tocando el cielo y sintiendo una plenitud nada comparable a lo que nos pueden ofrecer.

Y luego hay que bajar. Y las bajadas son complicadas. Las fuerzas no son las mismas, se necesita habilidad para bajar con agilidad, dosificarse fuerzas, el agua y la alimentación, saber elegir los buenos senderos que te lleven a la base de la cima y no a un cortado.

Nuestros encuentros con el Señor, como el encuentro de los discípulos con Jesús en el Tabor, no duran para siempre. Se acaban y toca volver al día a día, y toca volverse a poner a la altura de las personas con las que estamos, y toca mancharse y mojarse para construir el Reino.

Toca bajar a la realidad, pero con el corazón lleno, los ojos luminosos y ganas de volver a repetirlo, como las ganas que tenemos mi hermano y yo de volver nuevamente a subir a otra cima para tocar el cielo.